

CONCEPCIONES TEÓRICAS SOBRE LA COMUNICACIÓN EMOCIONAL Y LA ORAL EN LA FORMACIÓN DE LA LENGUA MATERNA.

La actividad del lenguaje presupone la recepción de señales visuales y sonoras por una parte, y por la otra, la producción de sonidos articulados, mediante los diversos medios que proporcionan las estructuras fonatorio-motoras que intervienen en este proceso. El análisis de estas señales está sometido a las leyes generales de la actividad nerviosa superior, y la actividad analítico-sintética de la corteza. Al incidir un estímulo óptico-acústico sobre el receptor, el oído humano, la excitación va por varias vías aferentes hacia la corteza cerebral, se irradia por toda la corteza y luego se concentra, en las zonas específicas en que se procesan estos estímulos, la motora de Broca, la perceptiva de Wernicke en la parte temporal, y se emite una respuesta que se traslada por la vía eferente, estimulando al receptor, que de conjunto entonces permite la percepción sonora y la identificación de los sonidos, y su correspondiente respuesta motora.

En las primeras etapas del desarrollo del lenguaje, las reacciones a los sonidos de la lengua no están generalizados, y las confirmaciones positivas o negativas provocan una inhibición diferenciadora que conduce la concentración de la excitación en dichas partes del cerebro, que son la base de la captación y producción correcta de los sonidos de la lengua.

El daño en la corteza cerebral sensorial o de Wernicke, responsable de la captación verbal o sonora, puede provocar serios trastornos en la comprensión de la palabra; el acaecido en la zona motora o de Broca, puede provocar a su vez dificultades en la expresión del lenguaje y trastornos severos en su emisión.

Pero, además de las conexiones que se dan entre los elementos de la lengua, aparecen conexiones entre las palabras y los objetos y fenómenos correspondientes que las mismas designan, por lo que, el niño no va solo dominando el aspecto formal de la lengua, las relaciones entre las palabras, sino a su vez, su aspecto semántico, es decir, las relaciones entre las palabras y los objetos. Desde este punto de vista los componentes fonético - fonológico y léxico - semántico de la lengua materna se dan simultáneamente desde los primeros momentos, aunque obviamente la captación de los sonidos de la lengua precede en algo a su significación.

La lengua oral es la forma básica de todas las formas del lenguaje, y sobre su base se estructuran las demás, el lenguaje escrito, entre otros.

En el proceso de asimilación de la lengua materna, en relación con su base fisiológica, es preciso recordar que, aunque hay zonas corticales con una estructura funcional diferenciada, la percepción de los sonidos y su consecuente respuesta no se concreta a dichas zonas, sino que existen zonas corticales intermedias funcionales que ponen en comunicación las más diversas partes de la corteza cerebral, que aseguran un carácter funcional único de respuesta del cerebro, mediante estructuras dinámicas de estas funciones. De acuerdo con Luria, la asimilación de la lengua materna implica un sistema funcional complejo, en el que intervienen varios analizadores – motor, auditivo – visual – que en su conjunto garantizan la recepción sonora y su procesamiento. De estos analizadores, el visual, aunque menos importante, no deja de tener una cierta implicación, y así los niños ciegos, que asimilan la lengua materna, tienen dificultades por lo general en su vocabulario, por la pobre relación que pueden establecer entre las palabras y sus significados, es decir, la relación entre los objetos y la palabra.

En el niño lactante, la concepción de la palabra como una señal especial, pasa por un prolongado proceso, en el que en sus inicios la comprensión del lenguaje se da dentro de una situación conocida, y donde el niño reacciona más a la *entonación* que al *contenido* de la palabra. Esto no significa, el reaccionar ante el tono sonoro de la palabra que escucha, que en esta etapa ya entienda el lenguaje, sino que solamente reacciona ante una situación que ya le es familiar. La variación de las condiciones posibilita la generalización, en la cual la palabra va adquiriendo su significado de señal en un segundo plano, en un segundo sistema de señales, que previamente estaba solo relacionado con el objeto, o primer sistema de señales de la realidad.

Esta generalización, al principio se da atendiendo a diversas cualidades:

- Por la significación funcional.
- Por el lugar de ubicación.
- Por el parecido externo.
- Por la imitación de los sonidos.

La generalización sobre la base de una cualidad ocasional se convierte en no esencial, y solo se relaciona con una situación determinada en la que, si varían las condiciones, se pierde dicha generalización.

En este proceso de asimilación de la lengua materna se dan interrelaciones entre lo que constituye la comunicación oral, la comprensión y el lenguaje activo, que, no obstante, no coinciden evolutivamente, desarrollándose de manera paulatina. Estos a su vez guardan una estrecha dependencia con la comunicación emocional.

La comunicación emocional comprende dos aspectos principales: la transmisión de los estados afectivos provenientes de la interrelación entre las personas, y de aquellas que surgen en la realización de las acciones con los objetos, dentro de la actividad conjunta del niño con los adultos que le rodean.

El establecimiento de la comunicación oral entre el niño y los adultos comienza con la comunicación emocional, que es la médula, el contenido principal, de las relaciones mutuas entre los adultos y el niño en el período preparatorio de desarrollo del lenguaje, en el primer año de vida. El niño responde con una sonrisa a la sonrisa del adulto, pronuncia sonidos como respuesta a la conversación cariñosa con él, a los sonidos emitidos por los adultos, como si se contagiara con el estado emocional de estos, con su risa y con el tono afectivo de la voz. Esta es precisamente la comunicación emocional y no la oral, pero en ella se sientan las bases para el futuro lenguaje, para la futura comunicación mediante palabras pronunciadas de forma consciente y comprensible.

En la comunicación emocional con el adulto, el niño reacciona ante las particularidades de la voz y la entonación con la cual se pronuncian las palabras. El lenguaje toma parte de esta comunicación solo como forma fónica, como entonación que acompaña las acciones del adulto. Sin embargo, el lenguaje, la palabra, significan siempre una acción determinada (levántate, siéntate); un objeto concreto (la taza, la pelota); determinada acción con objetos (toma la pelota, dame la muñeca); la acción de un objeto (el carrito rueda), etc. Sin esta diferenciación exacta de los objetos, de las acciones, de sus cualidades y propiedades, el adulto no puede dirigir la conducta del niño, ni sus acciones y movimientos.

El adulto y el niño manifiestan en la comunicación emocional las relaciones más generales entre sí, su satisfacción o insatisfacción, o sea, sentimientos, pero no ideas. Esto no resulta suficiente; a partir del sexto mes de vida cuando se amplía el mundo del niño, se enriquecen sus relaciones con el adulto (así como también con otros niños), se hacen más complejos los movimientos y acciones y aumentan las posibilidades de conocimientos. Ahora es necesario hablar de muchas cosas interesantes e importantes. En el lenguaje de las emociones a veces es muy difícil hacerlo y, frecuentemente, hasta imposible. Es necesario el lenguaje de las palabras, la **comunicación oral** con el adulto.

En una situación de comunicación emocional, el niño centra su atención primeramente en el adulto. Pero cuando el adulto trata de desviar la atención del niño hacia cualquier otra cosa, aleja de sí una parte de ese interés, y lo traslada a un objeto, a una acción, o a otra persona. La comunicación no pierde el carácter emocional, pero ya no es la comunicación emocional propiamente dicha, ya no es el intercambio de emociones como tal, es la **comunicación con respecto al objeto**.

La palabra pronunciada por el adulto y escuchada por el niño, lleva el sello de la emoción (en estos casos se pronuncia con expresividad), comienza ya a apartarse de la comunicación emocional y a convertirse para el niño, poco a poco, en el símbolo del objeto, de la acción. Sobre esta base, a partir del sexto mes de vida, en el niño se desarrolla la comprensión de la palabra, del lenguaje. Se pone de manifiesto una comunicación oral elemental e incompleta porque habla el adulto, mientras que el niño responde solo con la mímica, el gesto, el movimiento y la acción. El nivel de esta comprensión es suficiente para que el niño pueda reaccionar conscientemente ante las observaciones, peticiones y exigencias en las situaciones comunes, bien conocidas por él. Al mismo tiempo, se desarrolla también la iniciativa del niño con respecto al adulto: atrae la atención sobre sí mismo, sobre un objeto cualquiera, o pide algo mediante la mímica, los gestos, los sonidos. La pronunciación de los sonidos, cuando se manifiesta iniciativa en el trato, tiene una importancia muy especial para el desarrollo de la comunicación oral, surge la intención de reaccionar articulando, de dirigir los sonidos hacia otras personas. Son también muy importantes la imitación de los sonidos y las combinaciones de estos que pronuncia el adulto. Esto contribuye a la formación del oído fonemático, a la formación de la capacidad de pronunciación, sin lo cual es imposible imitar palabras completas, que más adelante el niño tomará del lenguaje de los adultos que lo rodean.

Las primeras palabras comprendidas se ponen de manifiesto en el lenguaje del niño a finales del primer año de edad; ellas, sin embargo, son poco útiles para la comunicación oral con el adulto; en primer lugar, no son suficientes; en segundo lugar, el pequeño rara vez las utiliza por iniciativa propia. Aproximadamente a mediados del segundo año de vida, en el desarrollo del lenguaje del niño se opera un marcado progreso: al dirigirse al adulto aparecen las primeras oraciones simples, comienza a utilizar el léxico acumulado hasta ese momento.

Este lenguaje imperfecto en cuanto a su forma y estructura gramatical, de inmediato amplía considerablemente las posibilidades para que se establezca la comunicación oral entre el adulto y el niño. El pequeño comprende también el lenguaje que va dirigido a él, y puede, por sí mismo, dirigirse a un adulto, expresar sus ideas, deseos y necesidades. Esto, a su vez, hace que se enriquezca considerablemente el léxico. El niño ya imita bien el lenguaje del adulto, las palabras escuchadas, comprende bien el lenguaje dirigido a él, y puede combinar en la oración las nuevas palabras asimiladas con las ya incorporadas anteriormente.

Lo principal en el desarrollo del lenguaje en este período (al final del segundo año de vida) estriba no en el aumento cuantitativo del léxico, sino en que las palabras que el pequeño utiliza en sus oraciones (ahora son más frecuentes las de tres y cuatro elementos), toman la forma gramatical correspondiente.

A partir de este momento, una de las etapas más importantes del dominio de la lengua materna es el inicio del dominio de la estructura gramatical de la lengua. La asimilación de la gramática se hace muy intensiva, y el niño asimila las principales leyes gramaticales alrededor de los tres o los tres años y medio.

A esta fase de comunicación oral con un relativo dominio de la estructura gramatical, y que permite al pequeño establecer una comunicación más amplia y en la que empiezan a intervenir de manera más directa los elementos no situacionales, sigue otra de comunicación oral con dominio del lenguaje coherente, que ha de posibilitar la plena posibilidad de expresión del pensamiento mediante un lenguaje lógico, con ideas relacionadas, con palabras y oraciones exactas y bien estructuradas.

En la formación del lenguaje coherente se pone de manifiesto de forma destacada la estrecha relación entre el desarrollo oral y el desarrollo mental de los niños, el desarrollo de su pensamiento, de la percepción y la observación. Para hacer una narración coherente acerca de algo, es necesario representarse con claridad el objeto de esta (objeto o acontecimiento), saber analizar, seleccionar las propiedades y cualidades principales (para cada situación) y establecer las relaciones de causa-efecto, de tiempo, etc., entre los objetos y fenómenos.

No obstante, el lenguaje coherente es lenguaje y no un proceso de pensamiento, de reflexión. No es sencillamente, una reflexión en voz alta.

Por eso, para lograr la coherencia en el lenguaje es necesario no solo el contenido que debe ser transmitido, sino también, utilizar los medios lingüísticos que hacen falta para ello. Es necesario saber utilizar correctamente la entonación, el acento lógico; saber resaltar las palabras clave de mayor importancia; seleccionar las palabras más exactas para expresar las ideas; saber estructurar oraciones complejas y utilizar diferentes medios lingüísticos para unirlos y pasar de una oración a otra.

De esta manera, a partir de la simple comunicación emocional ha de irse estructurando la comunicación oral, que pasa por un período evolutivo de formas elementales hasta una comunicación plena sustentada por la coherencia del lenguaje.

Esto puede resumirse en el siguiente esquema:

Comunicación emocional

- ☺ De emociones y sentimientos.
- ☺ Respecto al objeto (sin pérdida de su carácter emocional)

Comunicación oral

- ☺ Elemental (en fase de comprensión del lenguaje)
- ☺ Por primeras palabras (aun insuficientes, sin iniciativa del niño)

- ☺ Imperfecta en la estructura gramatical
- ☺ Con dominio de la estructura gramatical
- ☺ Con dominio del lenguaje coherente.

AMEI

<http://www.waece.com>

info@waece.com